



A «Erramún Shapirain»,
descendiente—sino por línea
directa, sí espiritual—de
Oarso de Lanterneta.

—Dróles types, que vous êtes, les spagnols!—Fué el cumplido con que aquel día me saludó mi amigo el Barón de l'Epée des Dorêts, añadiendo una risueña mueca de fanfarrona bravuconería subrayada por un retorcer continuo de sus hirsutos mostachos.

—¿Y eso? mi querido amigo, —inquirí.

—He hallado entre las hojas de un viejo libraco de mi biblioteca, procedente de un convento de su tierra de Vd., un manuscrito que quizá le interese. Trata de un pícaro redomado y está escrito por un fraile mercedario. Venga a casa a leerlo, y verá si tengo o no razón.

Picome la curiosidad. Fuimos a casa de mi amigo, y en un rincón de la biblioteca, bien repantigados en muelles butacones y ante unas copitas de verdoso y aromático *chartreuset*, leí el famoso manuscrito—que transcribo íntegro para satisfacer la curiosidad del lector—no sin haber tenido que oír antes tres o cuatro dróles types, que vous êtes!, de mi buen amigo el Barón de l'Epée des Dorêts.

«Grande fué el descalabro y no menos nuestro susto, cuando vinimos a caer en manos de aquella tropa turquesca. Navegábamos con rumbo a Tabasca, un puerto chico que tienen los ginoveses no lejos de Argel, en el que se dedican a la pesquería del coral. Los del bajel pirata nos condujeron a Argel, y los seis mercedarios que íbamos a redimir cautivos, quedamos en cautiverio antes de tiempo, sin que pudiésemos rescatar ningún cristiano.

Nuestros enemigos pertenecían al servicio de El Gualí Majlán, sanguinario corsario, Rey de Argel, que viene a ser su gobernador, en nombre del Gran Turco, su señor.

Tres días estuvimos en unas lóbregas mazmorras sin ver a nadie, al cabo de los cuales, nos condujeron atados y en cueros vivos al patio de un castillo. ¡Gran vergüenza nuestra fué vernos de aquella guisa! y más aún, al oír las risas de mujeres que se percibían tras las rejas de las celosías de una ventana alta.

Allí nos tuvieron hasta que un genízaro, seguido

de un escribano y otros más, y acompañado del físico o albéitar, que aun no sé bien lo que era, vino a tomar nos filiación de nuestro nombre, condición y procedencia. El genízaro era alto, seco; de pocas palabras, hacía las preguntas. Un renegado, —que luego supe era murciano—traducía las respuestas en lengua arábiga, que, el escribano, viejo y jiboso, con barbas de chivato, apuntaba en un mugriento papel.

Cuando me llegó a mí el turno—pues era el cuarto en la fila—dije llamarme Iñigo de Olaitz y ser de Oyarzun, en España. Miróme el físico, y tan fijamente que me quedé confuso sin saber por qué. Y deseguida, riéndose con sus ojillos azules, llenos de burla, me dijo, pegándome unos golpecitos en el hombro con su bastón:

—¡Kaisho, aihskiria! ¡Nola arrayo etorrisea oneaño!

Yo quedé como muerto. No podía comprender cómo aquel turquesco, grueso y rojo, cubierto con una larga «almalafa» que le llegaba a los pies y un turbante blanco de muchas vueltas en la cabeza, me hablaba en lengua vasca, que tanto tiempo hacía que yo no oía, como si fuese un viejo amigo de mi país.

Sin dejarme reponer de la impresión, siguió diciéndome en vasco:

—No te apures; mañana te llevaré a mi casa.

Pasé un día como sobre ascuas. Y al otro, un soldado vino a por mí y me condujo a casa del físico, mi amo. Y digo así, porque desde que me vió me dijo:

—Tú estás a mi servicio y no te pesará, que por algo somos paisanos.

—¿Y cómo tal?—repuse—. ¿No sois turquesco como todos los de aquí?

—Ez motell, ez., —y me contó su historia.

Desde bien joven, había, mi amo, corrido las tierras y los mares, encontrándose de soldado frente a La Goleta, cuando la toma de Túnez, por nuestro serenísmo Sr. D. Juan de Austria, allá por el año de gracia de mil y quinientos y setenta y tres. En la batalla, fué cogido por los turquescos y le llevaron, con los otros apresados, a Argel.

Estando el Rey El Gualí Majlán contemplando la llegada de los cautivos, sintióse repentinamente enfermo y cayó como muerto al suelo. Ni los cuidados de los de su ésquito, ni la ciencia de los físicos, sacábanle

de su privación. Todos gritaban, todos recomendaban opuestos remedios y nadie se entendía en semejante babel.

Cundió la noticia hasta el grupo de los cautivos, y mi amo, comprendiendo que en un golpe de audacia estaba quizá su salvación, jugándose todo a una carta, comenzó a dar grandes voces diciendo que él sabía como sanar al Rey. Oyéronle, mandáronle llamar y, acercándose al Rey, cogióle una mano como si contara el pulso. Arrancó un hierbajo del suelo, introdujolo por la nariz y fuele "shtrricando", con él como si estuviese cogiendo grillos.

Dió la casualidad que el Rey abriese un ojo, luego el otro, y que estornudase ocho o nueve veces, con lo que, despejósele la cabeza y quedó como nuevo. Nadie dudó que ello fuese debido al tratamiento de mi amo. Desde este momento quedó nombrado físico del Rey y lleno de honores y distinciones. El, en agradecimiento a tanta merced, prometió al Rey ciertas pequeñas píldoras, que en lo sucesivo le ahuyentarían de todo mal.

A los pocos días, en una ¡campa de las cercanías de la ciudad, donde pastan rebaños y más rebaños de borregos, con la excusa de herborizar, fué cogiendo las... píldoras que prometiera al Rey, y de las que la campa estaba llena.

Es fama que, desde que El Gualí Majlán empezó a hacer uso de ellas nunca más sintióse enfermo.

Mi amo vivía a usanza turquesca. Tenía cinco mujeres y las trataba sin ningún miramiento. Una vez vile hasta manejar un akullu. Le trabajaban la huerta mientras él echaba la siesta bajo una higuera.

En una ocasión, me atreví a preguntarle que cómo empleaba la fuerza con ellas, y respondiome de muy buen humor:

—Igituak bañon beltzaguak dira —con lo que me dió a entender que eran de otra casta, raza o naturaleza que la humana.

Al principio, sus negocios prosperaron, pero al cabo del tiempo, la cosa tomó otros rumbos.

Más que el ejercicio de su «profesión» de físico, lo que le producía pingües beneficios era el juego «a las chapas» y «a la paretarrimo». Nadie los conocía hasta que él comenzó a interesar en estos juegos a todos los altos dignatarios de la ciudad, y tanto gustaron en ellos, que a diario, al caer la tarde, con la fresca, veíanse acudir a casa de mi amo a tan encumbrados señores e incluso al mismísimo Rey—que fué de los más aficionados—y ponerse a jugar en el patio, con todo entusiasmo.

Siempre que las monedas estaban en el aire, alzabase mi amo los zaragüelles por ras del cinturón, con ademán de gusto, lanzando al aire un sonoro:

—¡Aufil Astuak: eroriseate, —que los turquescos, creyendo ser parte indispensable del juego, repetían cada vez que ellos echaban las chapas.

Cuando se marchaban, ya de noche, los amigos de mi amo y quedaba éste sólo, apresurábase a cerrar las pocas ventanas de la casa y a atrancar la puerta. Entonces mandaba traer unos calzones *praka-mantala* que tenía y trocaba por ellos los zaragüelles; quedábase en mangas de camisa, y con sumo cuidado, quitábase las rojas barbas y bermejós mostachos—que eran postizos y que él solía llevarlos pegados, porque, entre los turquescos, sólo los eunucos suelen estar rasurados—y solía decirme:

—Si me viesen así, perdería todo mi crédito; pero, al buen baserritarra, le estorban los pelos en la cara.

Vamos a cantar, ahora, algún *zortziko*.— Y casi siempre, a lo último, se ponía triste.

Un día que se puso más que de costumbre, le pregunté que qué le pasaba para ponerse así, y me dijo:

—Mira: los negocios van mal; además, me acuerdo mucho del pueblo, y esto, no puede continuar. Ahora resulta, que jugando a las chapas, —¡esta gentuza turquesca!—me hacen más trampas que yo a ellos; han aprendido todos mis trucos y me van a arruinar. ¡Esto no puede continuar!

Un mes más tarde, nos metíamos en una galeota maltesa que estaba en franquía, dispuesta a partir para España.

Al llegar a las costas de Almería, naufragamos, y a duras penas pudimos llegar, en una barquilla, a la playa, mi amo y yo; quedando él privado y yo, casi sin razón y sin vida. Vinieron los del pueblo creyendo que éramos corsarios de Berberia, pues aún teníamos puestos los trajes turquescos, y nos acometieron con piedras y a golpes de palo. Mi amo, en su delirio, empezó a cantar; los del pueblo, se acercaron y oyéronle decir débilmente:

—¡Artza, Pillipe, trúlalay, trúlalay, trúlalay!

¡Artza, Pillipe, trúlalay, trúlalay, trúlalay!—y con lo cual, entendieron que en lengua berberisca quería decir: «¡Viva el Rey D. Felipe Segundo, nuestro señor, que Dios guardel!» y, gracias a esto, nos dejaron en paz y salimos con bien de aquel aprieto.

Al cabo de unos días, cambiando nuestros turquescos indumentos por otros cristianos atavíos, hicimos marcha hacia nuestros lugares. En el camino, vendíamos unos como cañutos de aldea que una de sus mujeres enseñó a hacer a mi amo y que éste bautizó con el nombre de barquillos en memoria de la barquilla sobre la que estábamos cuando, perdidos en el naufragio los dineros que traía—

que eran muchos, pues con sus ganancias, venían las dotes de sus cinco mujeres de Argel—consideraba su malaventura y ruina y pensó que con los tales barquillos podría medrar, por ser cosa nunca vista en nuestra patria.

Llevábamoslos metidos en unas cajas redondas, como los tambores grandes de los tercios flamencos, pintadas de rojo y con una rueda en la tapa, los jugábamos a los números por cuatro y cinco maravedís.

Cuentan, que luego se hizo rico, con sus barquillos, allá en su lugar, y que llenó España de tales cañutos.

¡Hasta vendiendo barquillos fué grande mi amo, Oarso de Lanterneta, de un lugar no lejos del mío, que le dicen Rentería!»

Lushio del Orto



José Viñarás Villagrasa

Agente de Seguros de "la Patria Hispana"

Sanchoenea, 21-3.º - RENTERÍA